



KAPLAN, Robert D. (2012)
The revenge of geography. What the map tells us about coming conflicts and the battle against fate.
New York: Random House. 403 p.

A mediados de 2014, cuando se cumplen 100 años del estallido de la Primera Guerra Mundial, el mundo se encuentra en un estado de perturbación con pocos puntos de comparación desde la caída del Muro de Berlín en 1989.

Luego de la llamada Primavera Árabe que comenzó en 2011, tenemos en 2014 una larga lista de conflictos que captan la atención de los políticos y preocupan a la opinión pública internacional. La Primavera Árabe fue una rebelión popular contra gobiernos brutales, facilitada por mecanismos globalizadores como las redes sociales y la exposición de los ciudadanos a formas de vida más humanas. Dejó cambios profundos (y mucha sangre derramada) en Egipto, Libia, Túnez y Yemen, entre otros, sin que podamos hablar por el momento de estabilidad y avances democráticos en esos países.

Al perder intensidad la rebelión, el mundo cambió su atención a un conjunto de crisis, entre las cuales destacan: la presión de Occidente, y Estados Unidos en particular, al Gobierno teocrático de Irán para que detenga el enriquecimiento de uranio; el cuarto año de la sangrienta guerra civil siria, en la cual la población suni se rebeló contra la élite gobernante alauita; el avance de grupos sunitas en Irak que a sangre y fuego buscan crear un califato islámico que abarque también a Siria; la anexión de Crimea por parte de Rusia y su apoyo a los independentistas pro rusos del este de Ucrania, que ha causado cientos de muertos, incluidos los de un avión comercial que nada tenían que ver con el enfrentamiento; y un nuevo episodio del interminable conflicto entre palestinos e israelitas que rehúsan reconocerse como pueblos y mucho menos como Estados.

Pero podemos mencionar también otros procesos paralelos que están afectando el equilibrio de poderes. En el plano económico, tenemos la lenta recuperación de Europa y Estados Unidos de los estragos causados por la Gran Recesión de 2007-2008 en términos de alto desempleo, lento desempeño económico y crisis fiscal que pone en aprietos a sus Estados de bienestar. Esto disminuye su influencia en los escenarios internacionales. Por su parte, varias economías emergentes (el grupo BRIC) ejercitan sus músculos económicos, intentando convertirse en un polo de desarrollo que aprovecha sus enormes mercados.

La desconfianza hacia Irán, la guerra entre las sectas del islam, el conflicto árabe-israelí que determina la historia del Medio Oriente, el enfrentamiento de Occidente con Rusia, y la lenta recuperación económica de los países desarrollados, están construyendo, de forma un tanto caótica, un nuevo escenario internacional. Presenciamos el desarrollo de un mundo “multicéntrico”, dinámico en esencia, que puede ser dividido de diversas formas, dependiendo de la perspectiva que se asuma (económica, política o religiosa) o la conformación de un nuevo equilibrio de poder donde las macrorregiones (EU-EU, Asia, Asia Central, etc.) interactúan no siempre en buenos términos. Lo que el mundo tiene por delante, nada menos y nada más, es el reto de construir un nuevo sistema institucional que lidie con ese escenario.

De los conflictos en desarrollo, el de Ucrania es el más preocupante. Tal vez no estemos a las puertas de otra Guerra Fría, pero el potencial desestabilizador del mismo no solo en el campo militar, sino también en el económico, es muy grande. Vale recordar las enormes inversiones europeas y estadounidenses en Rusia y la dependencia europea del gas suministrado por esta última. La Rusia de 2014 ya no es el país tambaleante que surgió de la desintegración de la Unión Soviética y que permitió la expansión de la OTAN hasta sus fronteras. Ahora vuelve con fuerza al escenario mundial sobre la base de sus recursos energéticos y el liderazgo de Vladimir Putin, quien está decidido a devolver a su país las antiguas glorias imperiales. Obra en favor del nuevo empuje ruso la debilidad económica de Estados Unidos y Europa, sus liderazgos vacilantes y los buenos términos de la relación de Rusia con China, país este último que todavía ejerce influencia a escala mundial, buscando alcanzar objetivos económicos (acceso a materias primas y mercados).

Un rápido repaso al escenario internacional de 2014 deja algo en claro: la geopolítica toma nuevamente preeminencia. Los mapas vuelven a hablar con fuerza. El libro de Robert Kaplan es una guía insuperable para entender el

complejo panorama descrito en los párrafos anteriores. Es una lección de geopolítica adaptada a las realidades del siglo *xxi*. *The revenge of geography* no deja región del planeta sin analizar desde el punto de vista de su posición geopolítica y cómo ello ha moldeado su historia. Al hacer de la geografía el hilo conductor de su análisis, sin caer en determinismos o plantear leyes ineluctables, como lo dice varias veces a lo largo del texto, el autor nos entrega una herramienta de análisis del poder global que sirve para conocer el pasado, entender la coyuntura de 2014 y discernir posibles tendencias futuras.

Kaplan comienza por analizar el papel de la geografía en la política mundial y enfatiza que la geografía tiene una influencia destacada en las corrientes realistas que estudian “la política entre naciones”, para utilizar el título del libro clásico de Hans Morgenthau. Los realistas parten del hecho que lo que se puede hacer en determinados territorios está siempre determinado por la geografía, la cultura y otros elementos enraizados en la sociedad. Por ello, dice Kaplan, “para el realismo es crucial una apreciación adecuada del mapa, y de hecho, nos lleva directamente al mismo” (p. 24). Para los idealistas, al contrario, los obstáculos pueden ser superados con una buena dosis de voluntad y especialmente si los objetivos perseguidos son moralmente superiores.

En el capítulo 2 Kaplan reflexiona ampliamente sobre la influencia de la geografía en la política y en el desarrollo de los pueblos. La llama el escenario de la historia. “La geografía informa en lugar de determinar, por lo tanto, no es sinónimo de fatalismo. Pero es como la distribución del poder económico y militar en sí mismo, es decir, una limitación y a la vez un instigador de las acciones de los Estados” (p. 29). Varios casos ilustran los efectos de la geografía: una alta proporción de los países más pobres del mundo no tienen salidas al mar (*landlocked countries*); la orientación norte-sur de África es una desventaja con Eurasia, que se extiende este-oeste, haciendo más fácil la transferencia tecnológica y de animales y plantas; en el caso de Estados Unidos, el aislamiento que resulta de estar entre dos océanos ha generado tendencias al aislacionismo en lo político, pero a su vez ventajas económicas al contar con comunicación directa con Asia y Europa; en esta última, la acumulación de Estados en tan poco espacio es un estímulo a la guerra constante, como ha sido el caso en los últimos siglos (p. 32).

De los capítulos 3 al 8 el autor hace una útil revisión de la literatura y la doctrina geopolítica. Su definición de geopolítica, elegante y sencilla, está unida al

concepto de estrategia: “Estrategia, como fue definida por Napoleón, es el arte de usar militar y diplomáticamente el espacio y el tiempo. Geopolítica constituye el estudio del ambiente externo que enfrenta un Estado cuando al mismo tiempo está determinando su propia estrategia: ese ambiente también rodea a los otros Estados que luchan por supervivencia y ventajas. En corto, geopolítica es la influencia de la geografía sobre las divisiones humanas” (p. 60).

En estos capítulos también encontramos un análisis del pensamiento de los grandes autores de la geopolítica. Allí está Halford Mackinder, con su idea de zona central (*heartland*), especie de corazón geopolítico que otorgaría superioridad absoluta a cualquier poder que la controlase. En las primeras décadas del siglo xx ese espacio se identificaba con la Europa central, lo que dio pie a los nazis y sus teóricos (Ratzel, Kjellen, Haushofer) a insistir en la idea de “zona vital” (*lebensraum*) para justificar su expansionismo. Según Haushofer, las fronteras eran organismos vivos. Naciones en decadencia construyen fortalezas para mantenerlas inalteradas; naciones “viriles” construyen caminos.

También encontramos a Nicholas Spykman, cuyos trabajos durante la Segunda Guerra Mundial ayudan a entender el orden surgido en la posguerra. Para Spykman, la clave del poder mundial está en el control de las áreas periféricas o los litorales de Eurasia (*rimland*). El poder naval y las vías de comunicación marítima serían vitales para detener al poderío soviético, que controlaría el *heartland* de Mackinder, como de hecho ocurrió.

Es interesante la explicación que hace Spykman del poder geopolítico de Estados Unidos. Este se deriva de su hegemonía en el hemisferio occidental “con poder sobrante para realizar actividades fuera del Nuevo Mundo de forma que puede alterar el balance de poder en el Hemisferio Oriental” (p. 92). En el hemisferio occidental es vital su control de la cuenca del Caribe y del norte de América del Sur, las cuales considera como una región separada del resto del continente por el inmenso Amazonas. En este sentido, la molestia que representó Hugo Chávez a los intereses estadounidenses es la consecuencia de estar Venezuela en ese “Mediterráneo americano”. Si el país estuviera localizado al sur del Amazonas, la amenaza hubiese sido menor (p. 94).

En la segunda parte del libro, Kaplan despliega ante nosotros lo que llama “el mapa de los primeros años del siglo xxi”. Aquí es donde su guía del poder global

adquiere plena utilidad y nos ayuda a entender los conflictos de 2014. Aunque no hay espacio para resumir su rico análisis histórico y geográfico, vale la pena extraer las ideas principales. Su libro fue publicado en 2012, por lo que no analiza los hechos propiamente dichos.

Con respecto al conflicto Rusia-Ucrania, la política y los mapas cuentan una historia fascinante. Vladimir Putin es el más claro ejemplo del gobernante “duro” que juega obsesivamente a la geopolítica. Su política internacional no es otra cosa que la continuidad de la histórica tendencia rusa a la expansión, aderezado con elementos específicos en la coyuntura como la necesidad de proteger a minorías rusas en peligro ante la acción de otros Estados. Así justificó el Presidente la anexión de Crimea.

Rusia –nos dice Kaplan– es el más importante de los poderes terrestres. Su salida al mar se encuentra en el norte, la cual se encuentra bloqueada por el hielo ártico gran parte del año. Su territorio es plano, frío y sin obstáculos naturales que lo aislen de peligros externos. La inseguridad es la emoción nacional de los rusos. “Sin océanos que los defiendan, estarán insatisfechos para siempre y tendrán que seguir expandiéndose o ser conquistados” (p. 155). La anexión de Crimea surge así como un hecho lógico. La concentración de Putin en Ucrania “que forma parte de un esfuerzo mayor de recrear una esfera de influencia en los territorios cercanos, es prueba del deseo de orientar Rusia hacia Europa aunque en términos no democráticos. Ucrania es el Estado clave que en sí mismo transforma a Rusia. Adyacente al Mar Negro en el sur y a los estados satélites en el oeste, la independencia de Ucrania mantiene a Rusia fuera de Europa” (pp. 180-181).

Luego tenemos a los conflictos del Medio Oriente. Flanqueado por Grecia, Rusia, China e India se encuentra este extenso territorio, cuna de los más importantes conflictos geopolíticos desde mediados del siglo xx. Es la zona donde se tocan Europa, Rusia, Asia y África. Allí encontramos una gran variedad de regímenes políticos (reinos, sultanatos, teocracias, democracias y dictaduras militares), aderezados con las más grandes reservas de petróleo del mundo, con armas nucleares y cuyas fronteras parecen dibujadas por un bisturí inestable (p. 259). “El hecho supremo en la política mundial en el siglo xxi es que el centro de la mayor masa terrestre del planeta es también la más inestable” (p. 259). El enfrentamiento de Occidente con Irán por su programa nuclear y la violencia en Irak, Siria y Palestina así lo demuestran.

Irán es una unidad política y cultural en una región donde los poderes coloniales crearon naciones juntando realidades distintas. Tiene una posición geográfica envidiable. Yace entre los campos petroleros del mar Caspio y el golfo Pérsico, y además es un puente entre el Medio Este y Asia Central. Su nivel de institucionalización es de los más altos en la zona, junto con Israel y Turquía. La religión chiíta, lejos de ser un obstáculo al Estado, lo ha reforzado. “Lo que explica que el régimen clerical en Irán haya sido tan efectivo en la defensa de sus intereses, desde Líbano a Afganistán, fue su unión con el Estado iraní, que a su vez es el producto de historia y geografía” (p. 276). De igual forma, Irán es en el plano tecnológico y en capacidad productiva de los países más avanzados del Medio Oriente, lo que lo convierte en un actor de primera línea en el juego geopolítico.

Al contrario de Irán, que constituye una nación integrada por un Estado funcional, la disgregación ha sido la marca histórica de Irak. Kaplan menciona algunos hechos geopolíticos que han determinado el desarrollo de Irak hasta el presente: estar en una ruta de migraciones lo ha convertido desde tiempos remotos en objetivo de ocupación; estar en los límites del mundo suni y chiíta; su equidistancia de Irán, Siria y Arabia Saudita; poseer grandes reservas petroleras; sufrir profundas divisiones sectario-religiosas y étnicas. “Cuando los británicos trataron de esculpir una nación, terminaron creando una mezcla de separatismo kurdo, tribalismo chiíta y autoafirmación sunita” (p. 305). Solo la fuerza bruta, con escasos períodos de democracia, ha mantenido al país en relativo orden. Lo que vemos hoy en día es la vuelta a tendencias históricas recurrentes que afloraron de nuevo una vez depuesto Saddam Hussein y terminada la ocupación estadounidense. De ese ambiente nació el sectarismo sunita que en 2014 intenta borrar las fronteras de Irak y Siria para crear un Califato islámico.

En gran medida, el conflicto sirio que comenzó en 2011 es la consecuencia de los mismos males históricos que aquejan a Irak. La separación religiosa y geográfica con tendencia a la disgregación es el primero de esos males. Cada secta o religión (kurdos, turcos, sunis, alauita, etc.) están asentados en determinadas regiones. La minoría alauita (de origen chiíta) pudo conservar la unidad gobernando con mano de hierro, al menos hasta la Primavera Árabe. El débil Estado que resultó de la disgregación fue compensado por una especie de ideología pan-arábica. Vale recordar que en el marco del Imperio otomano, la Gran Siria abarcaba Líbano, Jordania y Palestina (p. 309). El conflicto de 2014, ocasionado por el levantamiento sunita contra la dictadura de Bashar al Assad, es la expresión de esas facturas religiosas, geográficas y culturales.

Por último, en 2014 tenemos otro episodio del conflicto palestino-israelí, o más propiamente, entre el grupo que controla la Franja de Gaza (Hamás) y el gobierno de Israel. Las raíces del problema son muy amplias y el mismo Kaplan no las expone en detalle. Sin embargo, proporciona datos interesantes que sirven para prever futuros escenarios. En primer lugar, destaca que estamos ante un caso de determinismo geográfico porque el conflicto es sobre tierra y no ideas. En segundo lugar, está el hecho demográfico. De seguir las tendencias actuales, Israel corre el riesgo de dejar de ser un Estado judío por la sencilla razón que los palestinos, tanto en las zonas ocupadas como en Israel, tienen tasas de natalidad mayores que los israelitas. Para evitar tener que implantar un régimen tipo *apartheid* en el futuro cercano –dice Kaplan–, Israel debe aislarse a sí mismo y para ello ha construido muros que lo separan de las zonas palestinas. El autor afirma que la élite judía está convencida de que, debido a la demografía que no le es favorable, Israel debe retirarse de las zonas ocupadas. No obstante, los asentamientos tienen ya profundas raíces en dichas zonas y la retirada no será tan sencilla. Por su parte, los palestinos continúan manteniendo su “derecho al retorno” a las zonas ocupadas. Esto limita la posibilidad de un acuerdo en el que Israel ceda territorios a cambio de que los palestinos renuncien al retorno. Kaplan es escéptico sobre este posible compromiso, lo que hará que el conflicto se prolongue. Mientras tanto, continuaremos presenciando episodios sangrientos como la ofensiva israelí sobre la empobrecida población de Gaza a mediados de 2014.

The revenge of geography es una guía insuperable para entender los conflictos de 2014 y sobre los cuales nos hemos concentrado en estas líneas. Pero en su texto encontramos agudos análisis sobre otros temas de igual importancia en la geopolítica mundial. Los capítulos sobre China e India son de gran utilidad, por ejemplo. De igual manera, la “crisis de espacio” (capítulo 7), término que Kaplan toma del profesor de Yale, Paul Bracken, sirve de hilo conductor a su análisis. A diferencia de tiempos pasados, en la actualidad las potencias están más cerca unas de otras y el riesgo de conflicto es mayor. El mundo se achicó debido a las tecnologías, el crecimiento económico, el aumento de la población y el papel de los medios de comunicación. Asia es un buen ejemplo de estas tendencias. Por ello la geopolítica seguirá ganando importancia en el futuro.

Atravesamos por una crisis de las instituciones que regulan las relaciones entre Estados por el realismo político que impone en parte la geografía. Muestra de ello es el surgimiento de conflictos en casi todas las regiones del planeta sin una adecuada respuesta de la comunidad internacional. Solamente en África

tenemos a Libia, Sudán del Sur, Mali, Centroáfrica y Somalia. Además, presentamos el desprestigio creciente de instituciones como las Naciones Unidas, la Unión Europea o la Organización de Estados Americanos. En el plano económico, la Organización Mundial del Comercio se muestra incapaz de alcanzar acuerdos para acelerar el comercio mundial y beneficiar a los países menos desarrollados. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional pierden influencia ante las economías emergentes. Estados Unidos, el superpoder indiscutido luego de la desintegración de la Unión Soviética, luce renuente a ejercer su liderazgo y enfrenta obstáculos para mantener su alcance global por la crisis económica y la resistencia de su opinión pública.

El marco que mantiene el orden mundial, si es que vale la expresión, luce débil. Estamos, por tanto, ante la posibilidad de un realismo exacerbado en las relaciones internacionales. La respuesta debería ser el fortalecimiento de las instituciones multilaterales. Ante la ausencia de un claro hegemon, tal esfuerzo debe ser colectivo en el sentido de involucrar a todas las potencias para crear, ahora sí, un escenario “multicéntrico” con un alto grado de coordinación. Los conflictos de 2014 deberían ser el punto de partida de ese cometido. En este caso, la Unión Europea tiene un papel especial. Su poderío económico, científico y poblacional no se corresponde con su influencia política. El que la UE asuma un papel más activo en los problemas del planeta es condición necesaria para neutralizar el realismo y crear un orden menos violento. Europa influye en Estados Unidos y tiene mayor “acceso” a China y Rusia. Temas como la proliferación nuclear, el calentamiento global y lucha contra las epidemias requieren voluntad política y estrecha coordinación de los Estados para evitar daños irreparables al planeta.

A cien años del inicio de la Primera Guerra Mundial, debemos recordar que esa tragedia fue posible cuando la humanidad ya había alcanzado altos niveles de globalización económica, grandes avances materiales y científicos, y la supuesta racionalidad de los hombres civilizados se había impuesto sobre sus instintos destructivos. Ninguna medida que implementemos en el presente para evitar una crisis de gobernabilidad mundial (léase: más guerras) luce exagerada. Ciertamente, *The revenge of geography* genera muchas reflexiones a partir de su lectura.

Fernando Spiritto
Docente-investigador del Instituto de Estudios Políticos
Universidad Central de Venezuela